

Los sueños de Perpetua

Perpetua, de veintidós años, casada y con un hijo, fue apresada junto con otros catecúmenos en 203 por no querer sacrificar a los dioses. Aun no estando bautizada, ya se consideraba cristiana. Ella misma narró su martirio en un diario, pues en la cárcel había momentos de mayor libertad, permitida por los mismos carceleros, que probablemente le proporcionaron lo necesario para escribir.

Bautizados poco después Perpetua y sus compañeros, fueron trasladados a otra cárcel. Además de miedo, siente preocupación por su hijo. Consigue que el niño se quede con ella en la cárcel, y escribe: *“Con esto me consolé y me quité la preocupación y angustia por mi hijo. La cárcel se me hizo un palacio, de modo que prefería estar allí antes que en cualquier otro lugar”*. Su hermano, encerrado con ella, le sugiere que pida a Dios una visión en la que se le muestre si tendrán que sufrir martirio. Perpetua acepta: *“Mañana te diré”*, dice a su hermano.

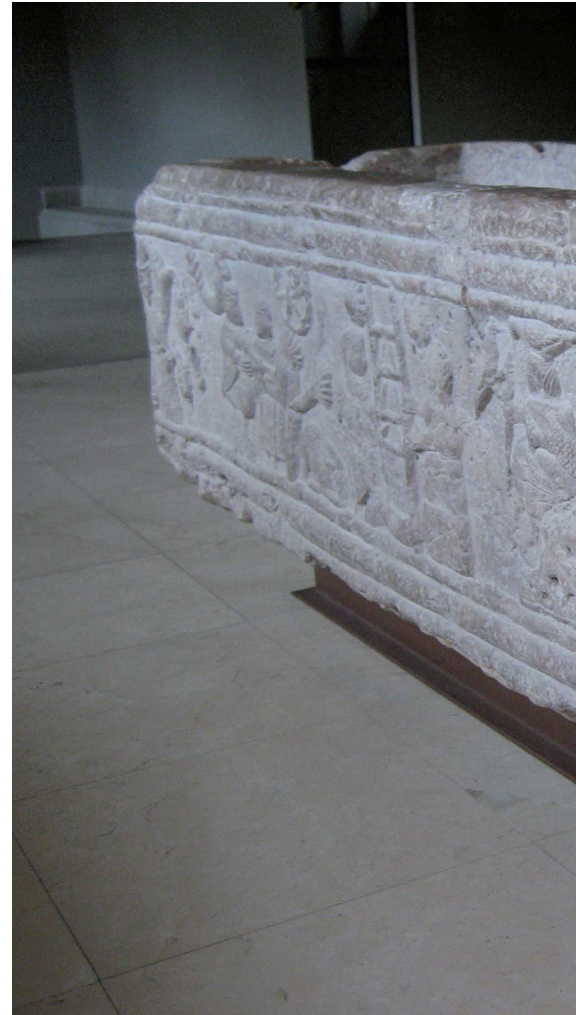
El sueño de la escalera. En la visión, Perpetua ve una estrecha escalera que llega al cielo. *“Por ella sólo podía subir una persona a la vez, y en sus bordes tenía clavados todo tipo de instrumentos metálicos”*. Debajo había una enorme serpiente acostada, que al verla levanta lentamente la cabeza. *“Entonces hice además de poner el pie en el primer escalón, le pisé la testuz y comencé a subir”*. Arriba ve un enorme jardín, y en medio un hombre de blancos cabellos y de enorme estatura ordeñando unas ovejas, así como muchos miles de personas vestidas de blanco. El hombre levanta la cabeza, la mira y dice: *“Bienvenida, hija”*. La hace aproximarse y le da a probar de la leche que estaba ordeñando. *“Yo lo tomé con las manos juntas y me lo bebí. Y todos los que se encontraban allí alrededor dijeron Amén”*. Al sonido de esta voz Perpetua se despierta, con el regusto de haber tomado

algo dulce. Y concluye Perpetua: *“Comprendimos entonces que nuestra pasión se iba a verificar y comenzamos a no tener ya ninguna esperanza puesta en este mundo”*.

El sueño de Dinócrates. Pocos días después, *“mientras rezábamos todos juntos”*, se acuerda de su hermano Dinócrates, fallecido de pequeño. *“Comencé entonces a meditar mucho en él y a lamentarme al Señor”*. Esa misma noche tiene otra visión: Dinócrates salía de un lugar tenebroso donde había otros muchos, muy atormentado y con una enorme sed; llevaba en el rostro la herida que tenía cuando murió de un tumor en la cara. *“Por él yo hacía oración, pero entre él y yo había una gran distancia”*. En el sitio donde estaba Dinócrates había una alberca llena de agua, con el borde más alto que el niño, que no conseguía beber. Entonces *“desperté sabiendo que mi hermano sufría”*. Por eso, *“recé por él día y noche, gimiendo y llorando, para que se me concediera esta gracia”*.

Varios días después, Perpetua tiene otra visión: *“Vi el mismo lugar que la otra vez y a Dinócrates limpio y bien vestido, ya tranquilizado”*. Donde había estado la herida, había ahora una cicatriz. La alberca tenía el borde mucho más bajo, de modo que podía sacar agua. En el borde había una jarra de oro llena de agua. Dinócrates se acercó y comenzó a beber de ella, pues la jarra no se vaciaba. Cuando se sació, se fue a jugar alegre como cualquier niño. Entonces, Perpetua se despertó y entendió que había dejado de sufrir.

Este sueño –como los otros– es muy rico en símbolos: la herida en la frente significa la enfermedad moral, el pecado; la piscina se abaja porque el niño, como el paralítico ante la piscina de Betsaida, no puede hacer nada; la copa y el acto de beber son el martirio de Perpetua y el bautismo de Dinócrates. Este sueño, dividido en dos sesiones, señala la intercesión de la mártir que es capaz



de cambiar el destino de los hombres (como la gracia de Cristo): el martirio desliga de los lazos temporales, pues, a imitación de Cristo, intercede por los que han vivido antes y por los que vivirán después. El sueño no enseña a Perpetua nada nuevo sobre su hermano; la noticia que recibe es el valor de su propio martirio. Dinócrates ha muerto bautizado, como ella sabía perfectamente, pero gracias a los méritos de Perpetua. Este es el mensaje: la intercesión alcanzada por el martirio.

El sueño del martirio. La víspera del martirio, Perpetua tiene otra visión más: llega el diácono Pomponio a la cárcel y, cuando sale a abrirle, él le dice: *“Perpetua, te esperamos; ven”*, y de la mano la lleva por lugares ásperos y tortuosos, hasta el anfiteatro; y allí, en medio de la arena, le dice: *“No temas. Estoy aquí contigo y contigo sufro”*. Y se aparta. Entonces ve el innumerable pueblo atónito que, sabiendo que había sido condenada a las fieras, se admiraba de que no le echasen los animales. Sale en